

aspereza haga de ellas motivo de rozamiento. Y después darles zumo de zalamería, desvertebrarlas. El léxico diplomático adiestra al hombre infelizmente. ¿Puede el alma que aspira a una libertad activa encontrar en la Diplomacia siquiera el retiro que lo prepare para conquistarla? Imposible. Nosotros referimos la cuestión a la América y pensando en el caso de España, decimos que el mal mayor que a nuestros países pueden hacerle es entregarle sus hombres a la Diplomacia. Hablamos, es claro, de los hombres que pueden aportar sus facultades creadoras a la gran fuerza que moldea una patria. A éstos hay que salvarlos de la Diplomacia. Los grandes problemas de la América no los resuelve el diplomático. Porque la solución no está en las cortes. Para dicha de éstos pueblos, no está en las cortes. Lo que necesitamos no es que los hombres callen, sino que piensen, que hablen. Esta libertad la conservan mientras no se oficialicen. En cuanto se les haga sentir que deben obrar con tacto, que deben «medir las palabras», muere en ellos el empleo varonil de sus facultades. Y la Diplomacia, si es ciencia, es la ciencia de matar hombres con destino creador.

El ejemplo horrible que presenta esta América es el de los hombres naufragados en la Diplomacia. De pronto nace en un país el pensador y su originalidad llena de esperanzas. Medita en las cosas de la patria y trata de extenderlas a las demás patrias sintiendo que son parte de una misma unidad. Si lo hace sin espíritu combativo, es digno de estímulo y entonces es hacia la Diplomacia hacia donde se le encamina, para que viaje, para que se ponga en contacto con gente de importancia. Lo hacen diplomático y lo matan para la tarea de vigilancia que tenía asignada. El otro aspecto de esta tragedia es el del hombre que habla reciamente en un país, que fustiga, que inquieta a gobiernos y a organizaciones. O caen los regímenes acombados por él, o estos mismos regímenes perduran. En ambos casos al hombre combativo se le busca. En el primer caso para que salga a buscarle sostén exterior al partido o a la causa por la cual combatió. En el segundo, para silenciarlo, para ponerlo a prueba. El resultado es que quien parecía vigilar, quien parecía tener empeño en crear una patria, acepta el uniforme diplomático y se pierde para la vida de lucha, que es perderse para la única vida de grandeza.

El grito de alerta dado en España es grito que debemos aprovechar en la América. Con la misma visión con que allá buscan una liberación cierta para el hombre que trabaja por el crecimiento de su país, debemos nosotros proceder. Nunca pensemos en la Diplomacia para nuestras mejores vidas. Démosles otro estímulo, es decir, démosles el estímulo que corresponda a sus grandes capacidades. Llevándolas a ese mundo de artificios las atrofiaremos. Veamos si también lo que necesitan es tranquilidad económica y procurémosela. Que no no mueran miserablemente nuestros es-

píritus mejores. ¿Qué hace un Gobierno si no los salva para la patria? Veamos si lo que necesitan es lectura, si es laboratorio, y a darles esas comodidades sin tardanza. Es decir, a dejarlos en libertad de formar sus vidas para que la nación las tome y de con ellas la batalla en el rumbo de la cultura, la batalla en el rumbo de la economía, siempre la batalla que crea la patria.

Hay que liberar a nuestros hombres, hacer una verdadera cruzada y ponerlos en posesión de todos los medios que les permitan crecer y dar la fuerza de sus espíritus. Todos los países de esta América acechada tienen que entenderse y hacer la cruzada. Mentira que el grande hombre desapareció. Lo que lo oculta es la infelicidad de tanto gobierno. Faltos de vigilancia, cortísimos de visión no pueden extender sino a milímetros las necesidades de los países. Cuando alguien les sopla la vanidad y quieren presentarse como estimuladores de hombres de valer, no tienen otro mundo que abrir que el simplísimo de la Diplomacia. No comprenden que allí nunca irá el verdadero hombre, el que quiera salvarse para el trabajo de creación. Y los pueblos de América si quieren librarse de la absorción tienen que salvar a sus hombres del desequilibrio en que están por tanta causa mezquina. Tienen que liberarlos, pero no den a la liberación un sentido mezquino, sino el altísimo

que tiene cuando se reconoce a una vida su capacidad para el vuelo y se le abren todos los espacios. Liberados sus hombres podrá la América contar con un inmenso poder defensivo, poder que tanta falta le hace en su lucha contra las absorciones internas y exteriores.

Mas, volvamos a decirlo, no creamos nunca que en la Diplomacia está la liberación de ningún espíritu que haya nacido con capacidad para crear patria. Es un despeñadero nada más. Y a él no pueden nuestros pueblos confinar a sus grandes hombres. En ella enmudecen, porque la reserva diplomática es precisamente el callar para que callen. No hay entonces pueblos a quienes hablar, sino camarillas llenas de cálculo y de miedo. El hombre libre no puede matar su espíritu en un ambiente de secreteo. Ambiente que va atrofiando en él el empleo varonil de sus facultades. Cuando leíamos la vida de Temistocles subrayamos un pasaje que nos hizo meditar. Pasada la batalla de Artemisio, necesitó Temistocles valerse de una gran estratagema para hacer huir a Jerjes. Y lo que realmente se admira no es la estratagema, sino el ejecutor de ella. A Jerjes había que llenarlo de temor, decirle una gran mentira, lanzarlo al mar con sus naves innumeradas. Pues no fue un guerrero el enviado ante el rey temible. Fue «un eunuco del rey que se halló entre los cautivos, llamado Arnaces».

Juan del Camino

Cartago y octubre del 31.

Persiflage Episodio dramático

— Colaboración directa —

Para Max Jiménez Huete, porque ardía en pueril curiosidad de saber quién era el clavel moreno.

Llegó momento cuando sentí al clavel moreno igual a como fuera en mi carne si en el corazón me apretaran un cardo. Si me miraba, era con ojos de reproche; pero sus labios aparentaban desprecio, y le gustaba herirme no sólo con sonrisillas desdeñosas sino con frasecitas de insoportable escarnio. Si alguna vez la amé, juro que fue locura. Nunca pude haber amado a quien, como llegué a ver a tiempo, en vez de alma tenía un pedernal.

—¿Cómo llegué a ver a tiempo, he dicho? ¡Ay de mí! que debí decir tardíamente. Porque he aquí que la mala sangre de esa mujercilla me ha quitado la paz para muchos días; y he perdido a Gissing y a Plotino.

Arreglamos el viaje a Port-Royal. ¡Cómo anhelaba yo purificarme en ese ambiente, dedicarme a la meditación, al estudio, a la oración; entregarme a sanas disciplinas del cuerpo y de la mente; ser lo que yo debo ser, y no lo que estas curiosas y endiabladas glándulas endocrinas, que Dios puso en mí, me hacen a ratos. ¿Yo qué soy sino un intelectual puro? Hombre razonable, dotado de una inmensa capacidad ordenadora, con un seguro instinto de la

música, hábil para ver, en cuanto para los demás es caos, una secuencia armoniosa, un rimar deleitoso de unas causas con otras, una ligazón tan estrecha entre todas las cosas que podría decir, con el poeta⁽¹⁾, que sé que quien sacude una flor hace temblar a una estrella.

¡Y a qué extremos llegó, Dios mío!

El viaje a Port-Royal, según yo lo entendí, sería sólo de nosotros tres, Gissing, Plotino y yo. El trirreme en el que iríamos hasta no se qué isla, donde cambiaríamos por un velero menos antiguo, era preciosa embarcación. La comandaba romano disciplinario, quien, para ahorrarse disgustos en alta mar, tenía dispuestos separados e incommunicables alojamientos para hombres y mujeres, así se tratase de casados. Era primera vez que ponía yo pie en barca de esa índole, y como llegamos temprano, y como nuestro capitán se daba plena cuenta de que Gissing y yo pertenecíamos a una época que el calendario indicaba no apuntar todavía en la procesión de los siglos,—por lo que era evidente que en esa época no podríamos tener generación, pues aunque

1 Francis Thompson.